

aquella ciudad habia estado bajo otra dominacion que la del rey de España. Fueron restauradas las armas de este soberano con la mayor solemnidad, y desde entonces volvió á regir su voz en aquella ciudad tan floreciente.

Sujetada Amberes, no tardó Farnesio en continuar el curso de sus operaciones militares. Habia puesto el sitio y toma de esta plaza el sello á su gran reputacion, y colocádole en la clase de los primeros capitanes. En todo aquel siglo fué el tercero de los hechos de armas de esta clase dignos de mas celebridad y de mas fama. Despues del de Rodas y el de Malta viene el de Amberes, sin que ningun otro le pueda disputar este alto puesto. Otro ocurrió despues de tanta nombradía, en que hallaremos la persona de Alejandro como uno de los actores principales de aquel drama.

CAPITULO LVIII.

Continuacion del anterior.--Resultados de la toma de Amberes.--Conflictos de los Estados.--Ofrecen la soberanía del pais á la reina de Inglaterra.--La rehusa Isabel, mas les ofrece auxilios.--Sale de Inglaterra para los Países-Bajos el conde de Leicester con un cuerpo de tropas auxiliares.--Su buen recibimiento.--Toma el mando del pais.--Sitio y toma de las plazas de Grave y Venloo por el principe de Parma.--Pasa á sitiar á Nuiss en el electorado de Colonia.--Toma é incendio de esta plaza.--Pasa al sitio de Ruimberg.--Retrocede á socorrer á Zutphen.--Infructuosas tentativas sobre esta plaza del conde de Leicester.--Descontento en el pais con este general.--Pasa á Inglaterra.--Sitio y toma de la Esclusa por el duque de Parma.--Vuelta de Leicester.--Sus tentativas infructuosas de socorrer la Esclusa.--Nuevos disgustos.--Nuevo regreso de este general á Inglaterra.--Situacion del pais.--Nuevos alistamientos del duque de Parma con motivo de otra guerra (1).

1585—1587.

CON la ocupacion de Amberes por Farnesio, quedaba á su disposicion el mar y libre el camino para

(1) Las mismas autoridades.

cuando quisiese intentar una expedicion sobre la provincia de Zelanda. A excepcion de la plaza de Grave y otros puntos de menos consideracion en el Bravante, habia ya reducido este hábil capitan á la obediencia de Felipe II todas las provincias meridionales de los Países-Bajos. En la de Güeldres, considerada como septentrional, solo le restaba la expugnacion de la plaza de Venloo, situada como la de Grave sobre el Mosa. Quedaba, pues, reducida la insurreccion á los paises del norte, mucho menos fértiles y ricos que los otros, pero donde el odio al rey de España habia echado raices muy profundas. Era, pues, imposible para los estados el sostener la guerra por si solos contra un adversario tan temible, poderoso y hábil á quien halagaba la fortuna; y se veian por lo mismo en la triste necesidad de echarse en brazos de un principe extranjero, para librarse de caer en manos de otro extranjero tambien mas, cuya dominacion les era bajo muchas consideraciones tan odiosa. Ya hemos hablado de lo infructuoso de sus tentativas cuando se dirigieron al rey de Francia, ofreciendo reconocerle como soberano si les enviaban auxilios bastante poderosos para hacer frente y arrojar del pais al rey de España. Agradable debió de ser la perspectiva para Enrique III, de la adquisicion de tan ricas y fértiles provincias; mas impotente en realidad contra una vasta faccion en la que ejercia Felipe II tanta influencia, tuvo que renunciar á este aumento de poder, negándose rotundamente á las súplicas de los embajadores. No restaba, pues, otro recurso á los confederados de los Países-Bajos, que dirigirse á la reina de Inglaterra con las mismas pretensiones. Aunque Isabel los habia socorrido muchas veces con tropas y dinero; aunque se habia mostrado tan interesada en promover los intereses y asegurar la dominacion del duque de Anjou, nunca se habia atrevido á declararse abiertamente su aliada y protectora, temiendo ponerse en abierta hostilidad con su antiguo señor, que le parecia un enemigo formidable. Habian variado algun tanto las circunstancias para

esta princesa, y le pareció que habia llegado la ocasion de romper abiertamente con quien algun dia, y sobre todo despues de la conquista de Portugal, podria caer sobre sus estados con fuerzas poderosas. Cada dia ganaba mas terreno Felipe II en Francia, donde tan hábilmente ponía en juego su política y con gran tino esparcía el dinero entre los que tan dóciles se mostraban á sus voluntades. Trató, pues, la reina de Inglaterra de oponer la fuerza á la fuerza, pues ya no habia para ella otros medios de conjurar la borrasca que la amenazaba. Acogió, pues, la reina de Inglaterra á los comisionados de los Países Bajos. Oyó su peticion con muestras de contento, y les dijo: que aunque por entonces no podia darles una respuesta positiva, oirian su determinacion tan luego como consultase á su Consejo.

Hubo diversidad de pareceres entre los individuos de esta corporacion, que con tanta habilidad dirigia la conducta de la reina. Dijeron algunos que era imprudencia declararse en abierta hostilidad con un rey que tenia tantos medios de dañarla, dándole así motivos manifiestos de desahogar con justicia los sentimientos de odio que la profesaba desde tantos años. Mas opinaron otros que por lo mismo que existia este odio y que no se podia nunca cambiar en amistad, debia prevenirse la reina tomando para su conservacion las medidas que mas oportunamente se le presentasen: que no era posible libertar á los Países Bajos de la dominacion de Felipe II sin un socorro eficaz y poderoso; y que solo ella les podia proporcionar, habiéndose negado el rey de Francia á protegerlos, no por falta de voluntad sino por impotencia: que siendo imposible enviar este socorro sin declararse enemiga de la España, que era preferible asegurarse un país de la importancia de los Países Bajos, á permitir volviere á las manos del rey de España, y fuese así uno de los instrumentos de su propia ruina.

Prevaleció esta opinion en el Consejo y fué aprobada por la reina. Respondió esta princesa en consecuencia á

los embajadores, que estaba resuelta á enviarles recursos y declararse protectora suya; mas que por razones de estado y por bien de ellos mismos se veía en precision de renunciar el título de soberana; que les enviaria tropas y dinero; que les asistiría hasta con sus buques si fuese necesario, tomando de su cuenta el obrar de modo que su proteccion fuese efectiva y tan eficaz que los salvase del riesgo inminente que corrian.

Siguieron á las palabras las acciones. Por un convenio ajustado con los embajadores se comprometió Isabel á enviar por de pronto cinco mil hombres de infantería y mil caballos pagados y mantenidos de su cuenta.

Para ponerse á la cabeza de estas tropas, nombró la reina á su favorito el conde de Leicester en cuya eleccion no anduvo tan acertada como solia estarlo en otras ocasiones. Era el conde de Leicester recomendable por las cualidades personales, muy dignas de atraerse el cariño de la reina; mas no poseia otras dotes que le hiciesen acreedor á cargos de importancia. En ninguna cosa era hombre superior, ni en materias de gobierno, ni en el arte de la guerra, y por otra parte con demasiado orgullo y presuncion por el favor que disfrutaba, no estaba calculado para captarse popularidad en los Países Bajos. Fué recibido en ellos con las mayores demostraciones de entusiasmo. Entró en el Haya, punto de su desembarco, con toda pompa y aparato, recibiendo cuantos festejos, cuantas muestras de satisfaccion y de alegría podian darle sus vecinos. Confirmaron los Estados estos sentimientos de benevolencia, y no solo le admitieron como delegado y representante de la reina de Inglaterra, sino que le revistieron con el cargo de gobernador de todas sus provincias.

Se disgustó ó aparentó disgustarse la reina Isabel de que llegase á tanto la deferencia de los Países Bajos, manifestándoles que solo habia sido su ánimo enviarles un general y no un supremo gobernante. Mas habiendo insistido los Estados en que se llevase adelante el nom-

bramiento, se aplacó la reina y no fué el decreto revocado.

Era el conde de Leicester el tercer jefe extranjero que venia á tomar las riendas del gobierno de los Países Bajos. Ya hemos visto lo poco útiles que fueron el archiduque Matías y el duque de Anjou á los verdaderos intereses de aquella region tan conmovida. Nos dirán las operaciones ulteriores si fueron mas dichosos con el gobernante inglés que con el austriaco y el de Francia.

No mostraba mientras tanto dormirse sobre sus laureles el príncipe de Parma. Despues de arreglar los asuntos civiles y militares en Amberes y de tomar todas las disposiciones para la reparacion del castillo que se habia demolido por órden del príncipe de Orange, tomó la vuelta de Bruselas, donde preparó otras operaciones militares. Mientras se ocupaba en persona en el sitio de Amberes, ocurrieron escaramuzas de poca importancia en Frisia, entre el capitan Francisco Verdugo y las tropas del príncipe de Orange. En Bonmel, isla formada por los rios Waal y Mosa, estuvo bloqueado Francisco Bobadilla con su tercio por el conde de Holac, quien le tenia interceptadas todas las comunicaciones, y reducido por falta de subsistencia á los últimos apuros. Mas sobrevino un tiempo frio que heló las aguas de la costa y paralizó los movimientos navales del general holandés, permitiendo al español evadirse por agua como si fuese tierra firme.

Ya desembarcado el conde de Leicester, comenzó sus operaciones por el sitio de Grave el príncipe de Parma. Envió al conde de Mansfeld con tres mil hombres y la órden de bloquearla, lo que ejecutó Mansfeld completamente por los dos lados del Mosa, privando la plaza de todas sus comunicaciones. Sabedor del sitio el conde de Leicester envió desde Utrech, donde entonces residia, un refuerzo de dos mil hombres formados en dos cuerpos de mil cada uno: este de ingleses por el coronel Norris, y otro de tropas del pais mandadas por Holac.

Llegó este cuerpo antes que el primero, y habiendo trabado batalla con las tropas españolas que guarnecian el puente echado junto á Grave, se vieron en precision de replegarse. Con la llegada de los ingleses se renovó el combate, mas quedaron dueñas del puente las tropas españolas.

Acudió de allí á muy poco Alejandro con fuerzas de refresco y se formalizó el sitio de la plaza. Mandaba en ella un jóven llamado Enrique, baron de Emert, de muy poca inteligencia y menos experiencia, quien por consejo de oficiales cobardes y mal intencionados, apenas hizo resistencia alguna. Sin brecha abierta, sin apuros de ninguna especie, abrió las puertas á los españoles, que permitieron la salida á la guarnicion con sus armas, banderas y bagaje. Pagó muy cara el gobernador su traicion ó su falta de experiencia, pues el general inglés le mandó formar consejo de guerra, por cuya sentencia perdió la vida en un cadalso.

Mayores dificultades ofreció al de Parma la expugnacion de la plaza de Venloo, situada igualmente sobre el Mosa algunas leguas mas abajo. Era menor su guarnicion, pero mejor mandadas las tropas y mucho mas animosos sus vecinos. Se convirtió el sitio en bloqueo, pues todo el cuidado de Alejandro se dirigia á que no introdujesen recursos en la plaza Martín Schenk, su gobernador, que se hallaba afuera por casualidad y se encontró á su vuelta interceptado por el príncipe de Parma. Varias tentativas hizo el general flamenco con un cuerpo de dos mil hombres escogidos para romper la línea de Alejandro. Mas todas fueron infructuosas. Abrieron brecha las tropas sitiadoras en un rebellin que se hallaba en la parte superior del rio, al mismo tiempo que se apoderaron de una isleta de la parte superior donde establecieron una bateria de seis piezas gruesas.

Estaban las tropas de Farnesio muy deseosas del asalto con la idea del rico pillaje que les aguardaba. La guarnicion y habitantes daban indicios de esperarle de-

nodados; mas arredrados al fin con la perspectiva del saqueo, comenzaron á entrar en sentimientos mas pacíficos, y enviaron comisionados al de Parma ofreciendo entregarse con condiciones honoríficas. No titubeó el general español en concederlas, y casi en iguales términos que las capitulaciones de Grave, entró victorioso en la plaza de Venloo, no sin grave descontento de los suyos defraudados de la esperanza del pillaje.

Con la ocupacion de las plazas de Grave y de Venloo, quedó todo el Mosa sujeto por los españoles y asegurado el Brabante contra toda invasion por parte de Alemania. Con este motivo tuvo medios Alejandro de llevar al cabo una expedicion fuera del pais, y que desde la toma de Amberes tenia proyectada. Ya hemos hablado de las turbulencias ocurridas en Colonia con motivo de la expulsion del pais del arzobispo Truschen, refugiado á la sazón en las provincias septentrionales de los Países-Bajos. Mas todavía quedaba por la parcialidad del antiguo arzobispo la plaza fuerte de Nuiss, Noess ó Novesia, donde estaba de gobernador un tal Cloet, jóven activo y emprendedor, que tenia asolado el pais con correrías que no encontraban ninguna resistencia. Careciendo el nuevo arzobispo Ernesto de Baviera de fuerzas suficientes para espugnar una plaza que tal le molestaba, imploró los auxilios del príncipe de Parma. Para hacerle mas fuerza, pasó disfrazado á Flandes, y en su campo de Amberes tuvo con él una conferencia personal donde le espuso su dura situacion y hasta que se hallaba resuelto á abandonar su electorado, si no le socorrian eficazmente las tropas del rey, pues de su hermano el elector de Baviera no tenia que esperar auxilio alguno. Conoció Alejandro lo importante que le era la toma de una plaza tan cercana á las fronteras de los Países-Bajos, ocupada por enemigos irreconciliables de su rey, y creyó hacerle un servicio acudiendo con sus tropas á reducirla á la obediencia del nuevo arzobispo. Ofreció, pues, á este socorros eficaces luego que se viese desembarazado del sitio de Am-

beres y otras mas plazas importantes, y en efecto luego que se hizo dueño de la de Venloo, trató sériamente de cumplir con su promesa.

Mientras tanto sabedores los de Nuiss de la entrevista del arzobispo y de Farnesio, se aplicaron con celo al aumento de las fortificaciones de la plaza, surtiéndola abundantemente de víveres y municiones y toda clase de pertrechos. Al mismo tiempo acudian á sus muros aventureros de varias partes de Alemania unidos con vínculos de religion con sus habitantes y las tropas que la guardaban.

Está Nuiss situado sobre el Rin, y aunque este rio no toca precisamente sus murallas, las rodea una especie de brazo ó desagüe que unido con el rio Estrem, forma de la plaza una especie de isla. Con esta defensa natural y las demas que proporcionaba el arte, esperaban las tropas de la guarnicion con muy pocos temores la llegada de Farnesio.

Se puso éste en marcha con una parte muy considerable de su ejército, ascendiendo su fuerza á seis mil infantes y dos mil caballos. Dividió sus tropas en cinco trozos, situando cada uno al frente de una de las cinco puertas de la plaza. Fué su primera operacion apoderarse de dos castillos situados en la isleta formada por el brazo del Rin, que los enemigos abandonaron no creyéndose bastante fuertes para sostenerla. Estableció desde estos dos puntos baterías á la plaza, y por el lado opuesto la batió asimismo en brecha, resultando de esta operacion que subiendo sus tropas al asalto, se apoderaron de un lienzo de la muralla que formaba el recodo del Rin con dicho brazo ó acequia, y al mismo tiempo de un torreón opuesto. En ambos puntos se alojaron y atrincheraron con fajinas, sacos y cestones de tierra, y dirigieron nuevas baterías contra el muro interior, pues la plaza tenia doble recinto y doble foso. Todo un dia se estuvieron cañoneando los de Farnesio desde el exterior y los sitiados desde el otro. Llegó la noche sin ventaja de una

y otra parte. Durante la oscuridad descendieron al foso los sitiados para coger por la espalda á los enemigos; mas sintiéndolo los españoles bajaron al mismo sitio donde se trabó una gran pelea sin que resultase ventaja por ninguna parte. Mas los sitiados experimentaron una grande pérdida en la persona del gobernador, que habiendo acudido á la refriega, cayó herido sin poder tomar mas parte activa en las operaciones de aquel sitio.

Se aguardaba el asalto de un momento á otro. Los españoles estaban encendidos de enojo por la atrocidad cometida en dos de los suyos que habiendo caido prisioneros, fueron quemados vivos en la plaza pública. Irritados por otra parte los sitiadores por no haber obtenido el saqueo de Venloo, pensaban desquitarse en esta plaza. Mas los habitantes trataron de prevenir el golpe, enviando comisionados á Alejandro para arreglar las condiciones de su entrega. Ocurrió durante esta conferencia que algunos soldados de los sitiados hicieron fuego desde el muro sobre los españoles, ó bien ignorantes de lo que se trataba, ó con intencion de que no se ajustasen las capitulaciones. De todos modos se rompió la conferencia, y el príncipe Alejandro se retiró á sus reales ofendido de tal comportamiento, con propósito firme de castigarle ejemplarmente.

Al dia siguiente preparado todo ya para el asalto, volvieron nuevos comisionados al príncipe de Parma. A pesar de lo ocurrido el dia anterior, todavía se manifestó éste propenso á entrar en convenios para salvar á la ciudad de su ruina inevitable. Mas al saber las tropas sitiadoras que se trataba de un arreglo sin esperar órdenes, sin hacer caso de las amonestaciones del general en jefe se arrojaron al asalto, penetraron por las brechas y se derramaron por la ciudad, sin que pudiese detenerlos nadie. Fué inmenso el despojo, pero por sobra de codicia ó exceso de ferocidad; quedó la mayor parte de él inutilizado por el fuego que se apoderó de la

ciudad y convirtió en ruinas por lo menos sus tres cuartas partes. Fué increíble la matanza y superiores á toda descripción los desórdenes y horrores que se cometieron. Pereció toda la guarnicion fuera de trescientos hombres que se habian refugiado en un templo inmediato. Igual suerte cupo á dos mil habitantes indefensos. Fué degollado en la cama el gobernador y entregada su mujer al príncipe Alejandro. Mas el de Parma le volvió la libertad, haciéndola salir inmediatamente de la plaza con una buena escolta y orden de que se tratase con todo respeto su persona.

Victorioso Alejandro de Nuis, quiso solemnizar este acontecimiento con una insigne ceremonia que no habia podido tener lugar en Flandes, con motivo de la precipitacion de su salida. En premio de sus servicios á la fé católica, le habia enviado el pontífice un magnífico sombrero y una riquísima espada benditas ambas cosas de su mano. Lo mismo habia hecho el papa Pio V con el duque de Alba despues de la batalla de Genmingen. Tuvo lugar la ceremonia de esta entrega en el mismo punto donde habia situado su cuartel el príncipe de Parma, pues no quiso que se celebrase en Colonia como lo deseaba el arzobispo. Formaron las tropas con sus banderas y estandartes. Entre salvas de arcabuceria y artillería celebró la misa vestido de pontifical el obispo de Verce-lis, acompañando en este acto al príncipe los principales jefes del ejército. Recibió Alejandro la comunión de manos del obispo, y en seguida acercándose el abad de San Guidan, portador del presente, le entregó con toda solemnidad al príncipe, haciéndole una arenga en nombre del pontífice.

Falleció por aquellos dias Octavio, duque de Parma, padre de Alejandro, con lo cual heredó éste su título y Estados.

No quedaba en todo el electorado de Colonia mas plaza á disposicion de la parcialidad del antiguo prelado, que la de Rimberg, á donde se trasladó inmediatamente

el nuevo duque. Sin perder momento emprendió su sitio, pero cuando mas empeñado estaba en las operaciones, recibió de los Países-Bajos noticias que le pusieron en la precision de suspenderlas.

Mientras el sitio de Nuiss, no habia estado ocioso en sus cuarteles de Utrech el conde de Leicester. Se hallaba en graves compromisos por su propia reputacion, por el honor y dignidad de la reina á quien servia, de dar muestras publicas de que no en vano habian venido á Flandes las tropas auxiliares de Inglaterra. Ascendian sus fuerzas á ocho mil infantes y tres mil caballos, componiéndose un gran número de las tropas de irlandeses y escoceses, gente feroz acostumbrada á las inclemencias de la atmósfera, familiarizada con todo género de peligros y penalidades. No faltaban en su campo jefes entendidos, de experiencia, algunos de los cuales como Norris y Morgan, habian hecho la guerra en los Países-Bajos. Tambien se hallaba en su campo en calidad de aventurero don Antonio de Portugal, tan frecuentemente mencionado en nuestras páginas.

Comenzó sus operaciones el conde de Leicester enviando un cuerpo de tres mil hombres á las órdenes de Mauricio, príncipe de Orange, que comenzó entonces su carrera militar, en que alcanzó una fama y nombradía igual por lo menos á la de su padre. Acompañaba á este príncipe el inglés Sir Felipe Sidney, uno de los hombres de su tiempo mas distinguidos por sus gracias personales, su instruccion, la generosidad de su carácter y por cuantas cualidades constituian entonces un cumplido y perfecto caballero. Tambien era este su primer paso en la carrera de las armas, para él muy corta, como ya veremos.

Se dirigió este destacamento á la plaza de Axel en el pais de Waes en Flandes, de la que se apoderó por sorpresa, entrada ya la noche. La misma tentativa hizo en la plaza de Alost; mas fueron repelidos los ingleses con alguna pérdida, y viendo frustrada su empresa se volvieron al campo de Leicester.

Deliberó éste en su consejo sobre si tomaria la direccion de Nuiss para levantar el sitio que habia puesto á la plaza el príncipe de Parma; mas sabedor de lo pronto que habia quedado en su poder, pasó á poner sitio á la plaza de Zutphen en la provincia de Güeldres, situada sobre el Issel entre el Rin y el Mosa. Su gobernador Juan Tassis se hallaba ausente á la sazón, entendiendo en un servicio de importancia que le habia encomendado el general en jefe.

Con estas noticias deliberó Alejandro sobre si convendria mas continuar el sitio de Rimberg, ó levantarle para marchar en auxilio de la plaza amenazada por Leicester. Expusieron muchos los graves males que iban á seguirse para el electorado de Colonia, dejando á Rimberg en manos de los enemigos tan encarnizados del nuevo arzobispo; pero otros sostuvieron y con mas razon que era todavia mas importante el no dejar caer en las de los ingleses una plaza tan importante como la de Zutphen. Adoptó el duque de Parma un medio espedito entre la continuacion del sitio y su total levantamiento. En frente de Rimberg, situada sobre el Rin, se halla una especie de isleta desde donde se podian cortar sus comunicaciones con el rio. Hizo el duque atacar este punto á viva fuerza, y sus defensores le evacuaron sin ninguna resistencia, refugiándose á la plaza. En dicha isleta estableció el general español mil hombres que con el auxilio del arte hicieron de ella un punto fuerte, con medios de hostilizar á Rimberg é interceptarle sus convoyes. Para completar el bloqueo hizo Alejandro levantar otros dos fuertes del otro lado de Rimberg, y cuyas guarniciones podian darse la mano con la de la isla.

Establecida asi esta cadena de interceptacion, levantó su campo y tomó la direccion de Zutphen, cuyo sitio no se hallaba entonces bastante adelantado á pesar que los ingleses se habian hecho dueños de Doesburgo, otra plaza pequeña á sus inmediaciones, situada asimismo sobre el Issel. Envió delante á Tassis y Verdugo con ór-